

«CANDIA», por *María Elena Aldunate*

Una joven de rara y exquisita belleza en quien se advierte una delicadeza espiritual que la hace buscar en el arte el desahogo de su inquietud, es la autora de esta obra recién aparecida. ¿Puede decirse que esta obra es una novela? ¿Acaso un poema en que se divaga sobre motivos intrascendentes? En el fondo hay una suave y dulce piedad hacia los seres humildes. Y esa piedad que está saturada, humedecida por una poesía que evoca un lejano musitar, o el eco de un instrumento tocado a la sordina, va comunicando al lector un sentimiento artístico que no es fácil clasificar como exteriorización de un alma que necesita asomarse a la luz, tímida y ruborosa. Es una emoción contenida, acaso temerosa de vaciarse en moldes más definidos. Quien sabe si angustiada por entrar en un camino en el cual se aventura por primera vez.

Candia, ¿qué importancia puede tener la existencia de esa muchachita desgredada y solitaria, desvinculada de todo lo que en el mundo tiene un latido de pasión o el rutilante atractivo de los seres a quienes Dios tocó con su milagro para darles toda clase de atributos? Casandra es su amiga, y no puede ser de otro modo, porque Casandra es una gata vieja, de pelo sin brillo, y que sólo tiene un ojo para moverse en ese reducido ámbito en que Candia, su ama y su amiga, arrastran su anónima existencia.

Y aquí está también el milagro que realiza la joven autora. A pesar de lo que ya la vida puede haberle enseñado en tristezas o en emociones hondas, persiste en su espíritu una inocencia encantado-

ra, un suave discurrir del pensamiento, en su afanosa búsqueda de la belleza, para ponerla de relieve con el impulso de su corazón. María Elena Aldunate se deja llevar por un estado onírico y, entonces, de este modo, logra entrar en la intimidad de lo que pueden hacer seres tan mínimos como Candia y su gata Casandra.

Se dirá que hay en el mundo tantos motivos, ricos en hondura espiritual, en modalidades psicológicas, en dramáticas incidencias vitales, que no vale la pena ocuparse de seres que no provocan interés positivo. Mas, el arte no puede reconocer fronteras de ninguna especie. Precisamente es con elementos tan paupérrimos como se demuestra, lo que puede dar la sensibilidad de un artista. María Elena Aldunate no le teme a este aspecto de los reparos que se le pudieran hacer. Y con su bella inocencia de niña que no se da cuenta de que hay en este mundo más maldad que buenas intenciones, construye con estos mínimos elementos su palacio de ensueño, al darle la forma de una obra literaria. Es su primer paso y su lámpara de fantasía va a iluminar zonas que otros desdeñarían.

Alguien puede preguntar: ¿pero qué es lo que hace Candia y su gata Casandra? ¿Cuál es el papel que desempeñan en la existencia para que ello tenga algún atractivo, en la perspectiva del tiempo y de los acontecimientos cotidianos? La pregunta puede parecer ociosa si se considera con un criterio puramente estético, y absurda si se cree que los personajes novelescos deben tener actitudes determinadas para satisfacción del lector. Lo que nos interesa es que en el transcurrir de estas páginas, haya belleza, sensibilidad, palpitación de alma que en el

curso de su emoción va dejando consignadas, en detalles significativos, todo lo que la impulsó a crear seres que nacieron de esa luz interna que los guió hasta tomar contacto con el mundo.

Y esto lo ha hecho María Elena Aldunate, con una sencillez, con una gracia tímida, con el rubor maravilloso, de quien no sabe que el sentimiento es un perfume que no se extingue jamás. Y en su obra hay sinceridad, una rara ternura humana, que embellece como en el resplandor de una mirada, aquellos rincones sombríos en que el artista suele descubrir la belleza.—LUIS DURAND.